



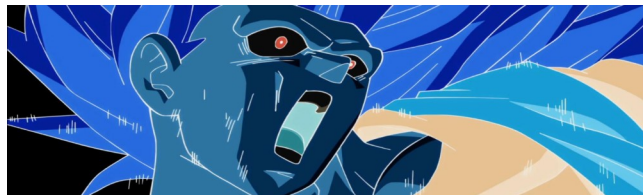
Desmenuzando unos textos empapados de vida

No son palabras inspiradas, no es un texto bíblico el que abre la celebración de este domingo XXV del tiempo ordinario -aunque se inspira en el salmo 36, 39-40. 28- pero no cabe duda que el Espíritu Santo, como rocío precioso, las ha depositado en el corazón de la Iglesia a fin de que, en este día, celebremos el triunfo del Señor y sepamos orar desde nuestra propia indigencia.

Han sido dichas para ser saboreadas en el interior puesto que, de este modo, tomaremos conciencia, en un clima de plegaria, de nuestras carencias personales, eclesiales y ciudadanas y, desde ellas, poder escuchar, como evangelio hermoso, esta afirmación que nos llenará de una gran esperanza: ***“Yo soy la salvación del pueblo, dice el Señor. Cuando me invoquen en la tribulación, los escucharé y seré para siempre su Señor”.***

Una de las primeras plegarias que encontramos en la Biblia es un grito dirigido al cielo y que brota del corazón de un pueblo oprimido; pero no podemos olvidar que no existe una esclavitud mayor que la de aquellos que no advierten la situación en la que se encuentran. Es la peor indigencia que se puede dar la de quien, sintiéndose oprimido, no grita porque piensa que nadie lo podrá escuchar y liberar.

Únicamente sintiéndose pobre, pero de una manera radical, se podrá tomar conciencia de que hay alguien que puede ser alcanzado por nuestro dolor, conmovirse por nuestro llanto, recordando que somos la obra de sus manos.



Nuestro grito, que se hace clamor suplicante, llega a un cielo que no está vacío. Esta es la tentación en la que podemos caer y hacia ella, el ambiente que nos rodea, nos quiere llevar y que, de alguna manera, se recoge en la lectura primera que es una auténtica fuente del saber y que está tomada del libro de la Sabiduría.

El texto fue escrito en honor del rey Salomón, famoso por su gran saber. Se basa en la filosofía y las ideas helénicas para explicar que la verdadera sabiduría proviene solo de Dios. La obra también fue diseñada para atraer a los que gobiernan y, por lo tanto, explicar los beneficios del buen conocimiento para los que tienen autoridad (Sabiduría 1,1; 6, 9).

Desde el comienzo del cristianismo, el segundo capítulo de este libro fue considerado una profecía de la muerte de Cristo. En este pasaje, el escritor describe cómo un grupo de personas impías se convierten en enemigos de un hombre justo, honesto, que es descrito como *“un hijo de Dios”* y *“se jacta de tenerlo por padre”*. Su predicación y su vida intachable hacen que sus enemigos *“estén al acecho”*. Sus oponentes dicen:

“Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte... Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según dice, Dios lo salvará”. (2,17-20)

Por un lado, el texto se refiere a cómo las personas honestas pueden ser y son maltratadas. Sin embargo, no es difícil comprender que apuntaban a los sufri-

mientos finales del Señor. Él mismo explicó que en el Antiguo Testamento *“está escrito que el Hijo del Hombre debe ser muy maltratado y despreciado”*. (Marcos 9, 12). Quizás este pasaje es uno de los que tenía en mente.

Con esta enseñanza se nos invita a elegir este camino, a pesar de las dolorosas consecuencias que esto pueda tener, dado que quien decida vivir de este modo siempre resulta incómodo.

Vivir así, honestamente, es fundamental para experimentar, gozándolo interiormente, que Dios es padre. Él no se ocupa de nuestras fachadas, las apariencias que podamos construir. No habla, ama, cura, libera ni otorga poder al ser falso que intentamos retratar en nuestra vida. Al contrario, busca con fidelidad a quiénes somos realmente, liberándonos —es la obra redentora realizada por Cristo— del corsé que hemos construido alrededor de nuestros corazones.

El Altísimo trata con el corazón. Se ocupa de lo que tiene **“enjundia”**, de lo que es real. No nos llama a compartir nuestra vida **“perfecta”** con otros. Nos invita a que seamos vulnerable con los demás para que se manifiesta la naturaleza incondicional, y llena de gracia, de nuestra relación Él. No nos pide que nos maquilemos antes de tributarle el homenaje de nuestra adoración. Nos pide que nos presentemos ante él, tal como somos, para que pueda mostrarnos el amor que nos tiene, incluso en nuestras oscuridades.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 53, 3-4. 5. 6 y 8

Oh Dios, sálvame por tu nombre,
sal por mí con tu poder.

Oh Dios, escucha mi súplica,
atiende a mis palabras.

Porque unos insolentes se alzan contra mí,
y hombres violentos me persiguen a muerte,
sin tener presente a Dios.

Pero Dios es mi auxilio,
el Señor sostiene mi vida.

Te ofreceré un sacrificio voluntario,
dando gracias a tu nombre, que es bueno.

El salmo 53, muy breve, es una oración dirigida a Dios, echa desde la propia indigencia, a fin de verse libre de enemigos fuertes y arrogantes. Su trasfondo histórico, según el encabezamiento, se relata en 1 Samuel 23,19. Mientras David estaba en el desierto (Zif), los zifeos, con la esperanza de congraciarse con Saúl, se ofrecieron a traicionar a David, por lo cual, siendo advertido de nuevo por medio de Abiatar, David huyó al desierto de Maón. San Hilario en el comentario que hace afirma que las tribulaciones y sufrimientos del profeta David no son sino una figura de la pasión de Cristo. Cfr. Homilía al salmo 54,4.

El orante de este salmo es perseguido hasta la muerte, y pide la intervención de Dios: *"por tu poder hazme justicia"*.



El salmista experimenta la ayuda del Señor frente a la dura agresión y promete ofrecer a Dios un sacrificio, que no es simplemente un ritual, sino una alabanza del nombre de Dios, es decir, de su grandeza, poder, fidelidad, bondad, misericordia.

Dios es todo esto, y mucho más. y es reconocido en un clima de acción de gracias. El sacrificio que podemos ofrecer a Dios es nuestro compromiso de vida, nuestra penitencia, que surge de nuestro estar en Cristo en unión con el sacrificio eucarístico.

Dios ha concedido al salmista, puesto que lo ha escuchado, verse libre de los enemigos, que ahora puede mirar sin consternación, sin miedo.

El cristiano gana si sigue amando; mira desde arriba a sus agresores, es decir, desde su condición de hijo de Dios que lo hace libre puesto que lo hade desde la cruz, mira sin odio, ni maldición, pero con amor a sus opresores: *"Mi ojo ha mirado sobre mis enemigos"*.

El presente del orante es oscuro, impregnado de la violencia de los "extranjeros" (v. 5), es decir, de los malvados (la palabra hebrea tiene un sonido muy cercano a lo que significa "soberbio"). El futuro, por otro lado, es brillante (vv. 7-9) porque Dios es hostil al mal y se pone del lado de las víctimas. En la noche del dolor, brilla intensamente la antorcha de la confianza en un Dios liberador y amigo de sus fieles oprimidos.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXV "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Sabiduría 2, 12. 17-20

Se decían los impíos: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará y lo librará de las manos de sus enemigos... Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según dice, Dios lo salvará», el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Marcos 9, 30-37

En aquel tiempo, Jesús... les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará». Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».